

JESÚS MORENO SANZ

El logos oscuro en María Zambrano¹

I

Tres aspectos esenciales desde los que contemplar el pensamiento de Zambrano, siete citas, un lema, nueve filósofos, y un mito, nos servirán de hilo conductor para adentrarnos en las coordenadas místicas, trágicas y filosóficas del que he denominado como *logos oscuro* de esta pensadora –en obvia primera contraposición al logos de la *clarté* cartesiano- en mi libro de ese título²:

1.-El amplio contexto filosófico y espiritual en que va produciéndose este tan singular modo de pensar y su crítica de la razón discursiva occidental –correlato de la radical crisis en que ve a toda nuestra cultura como sumergida ya al borde del “suicidio” y en la más pura “orfandad”, y ostentando ya sólo un mero “color de imperio” técnico y de comercial imposición³-, a la que contrapondrá su propia “razón poética”, en tanto

¹ [Este texto, con otra paginación, ha sido publicado en el libro misceláneo *Conciencia: imagen y concepto*, Alegoría, Sevilla, 2012, pp. 111-130]. Advierto de que, en la medida de lo posible –y más bien del imposible de traducir la vivacidad de una exposición oral a un texto escrito-, me voy a ceñir a mi exposición oral en la tarde del domingo 30 de noviembre de 2011, pues en ella no leí un texto previamente elaborado sino que expuse oralmente y guiado tan sólo por un esquema y algunas notas. Por ello no voy a proliferar las notas a pie de página, y tan sólo daré las que me parecen indispensables para la comprensión de este texto, y siempre acorde con lo que aquella tarde expuse.

² *El logos oscuro. Tragedia, mística y filosofía en María Zambrano*; IV vols., Verbum, Madrid, 2008

³ El tema del suicidio de Occidente, en realidad, recorre todo el pensamiento zambrano desde su primer libro *Horizonte del liberalismo* (1930), ya muy explícito en la primera versión de *El hombre y lo divino* (1955), y hasta el final de su obra (en “Dos visiones objetivas”, 1985) bajo la figura del “suicidio de Adán”, del Adán de este ciclo, aunque donde se hace más evidente es en una carta a Lezama Lima del 23 de octubre de 1973, donde le dice: *corroboré el otro día leyendo a Massignon que nunca el hombre occidental ha tenido tanta vocación suicida.*

En cuanto a la “orfandad” occidental, el texto clave es el Prólogo de 1987 a la segunda edición de *Persona y democracia*: donde se lee:

“La crisis de Occidente” ya no ha lugar apenas. No hay crisis, lo que hay más que nunca es orfandad. Oscuros dioses han tomado el lugar de la luminosa claridad, aquella que se presentaba ofreciendo a la historia, al mundo, como el cumplimiento, el término de la historia sacrificial. Hoy no se ve ya el sacrificio: la historia se nos ha tornado en un lugar indiferente donde cualquier acontecimiento puede tener lugar con la misma vigencia y los mismos derechos que un Dios absoluto que no permite la más leve discusión. Todo está salvado y al par vemos que todo está destruido o en vísperas de destruirse. Es mi sentir. Mostrarlo requeriría superponer una meditación entrecruzada y, especialmente, la reaparición de la memoria perdida. Aquello, aquel monstruo, no podía volver a suceder cumplido el sacrificio, mientras que hoy vemos que sí, que es así, que no puede volver a suceder porque hoy se extiende como una llanura donde ni nostalgia ni esperanza pueden aparecer. Algo se ha ido para siempre, ahora es cuestión de volver a nacer, de que nazca de nuevo el hombre en Occidente en una luz pura reveladora que disipe como en un amanecer glorioso, sin nombre, lo que se ha perdido. Hay que esperar, sí, o más bien, no hay que desesperar de que esto pueda suceder en este planeta tan chiquito, en un espacio que se mide por años luz, que se repita el “fiat lux”, una fe que atraviese una de las noches más oscuras del mundo que conocemos, que vaya más allá, que el espíritu creador aparezca inverosímilmente a su modo y porque sí.

En cuanto al “color de imperio” que ha adquirido la cultura occidental, el texto clave es el del comienzo del último libro de Zambrano, *Los Bienaventurados*:

en esta nuestra amenazada cultura, y amenazante allí donde llega (...) Indignos casi de la vida, de la vida inmediata, nos presentamos hoy con técnicas, también análisis igualmente técnicos del alma reducida a psique, a máquinas, invasores siempre, ayer todavía y aún hoy guerreramente y enseguida pacíficamente, industrialmente, donde no nos llaman. Todo es color de imperio, de comercial imposición.

que razón creadora, imaginal (y a la que por mi parte le doy el mismo sentido plenamente espiritual que le otorga Henry Corbin⁴) y simbólica. Hago ya hincapié en que este modo de pensar es susceptible de incardinarse en cierto “modelo” ontológico gnóstico –no dualista- de pensamiento “oriental” y “auroral”, cuyo centro es el nacimiento en el hombre de lo divino “compadeciente” y en devenir, muy cercano a las connotaciones místicas que le confieren, por eminentes ejemplos, el citado H. Corbin, C. Jambet (en especial su *La lógica de los orientales*) o T. Izutsu (en *Sufismo y Taoísmo*), y tal como es observable en el taoísmo de Laotsé y Zhuangzǐ, o en el sufismo, pero también en aspectos nucleares de corrientes hinduistas y del propio budismo, en la Cábala judía, aunque no menos en modos “místicos” de pensamiento occidental transidos de neoplatonismo, de los que son paradigmáticos los dos ejes que suponen el maestro Eckhart y Jacob Böhme, y que hallarán sus, quizá, más decisivos desarrollos filosóficos en Schelling y en el propio Max Scheler, quien ya tendrá una incidencia directa en Zambrano, que, por lo demás, vendrá a concretar filosóficamente el propio horizonte mental krausista y del ideario de la Institución libre de enseñanza en que se forma Zambrano, merced a su propio padre Blas Zambrano y al gran amigo de éste, Antonio Machado; horizonte y suelo desde los que recibirá su primera formación filosófica desde la “razón vital” de Ortega.

2.-La evidente conexión que ese “modelo” tiene con la *Philosophia perennis*, tal como la entenderán los más agudos pensamientos espirituales o muy seriamente “esotéricos” del siglo XX, de los que tres tendrán una clara incidencia en la pensadora, y con los que no hará sino acrecentar su diálogo a medida que avanza su obra: el primero, Louis Massignon⁵, pero también René Guènon y Fritjof Schuon, como lo muestra sobre todo la gran obra inédita de Zambrano de los años setenta *Historia y Revelación*.

3.-La correlación de los dos puntos anteriores con el tratamiento ampliamente filosófico que Zambrano irá haciendo entre tragedia, mística y filosofía, del que dimanará la que he denominado como *lógica del sentir* –de raigambre enteramente fenomenológica, aunque desde sus primeros artículos se trate de una fenomenología muy propia y original en el contexto espiritual señalado-, como un pensamiento de la experiencia radical humana (de su *sentir originario*), incidiendo desde sus comienzos –y de modo muy delimitado desde 1954- en el eminente lugar que para ella tienen los sueños, y en la estricta relación entre los diversos tipos de sueños y los diversos estratos en que van apareciendo los múltiples tiempos y hasta lo que ella denomina el *sueño creador*, el verdadero impulsor, según la pensadora, de las grandes obras literarias occidentales y en sus diversos géneros.

Y allí donde llegamos la danza cesa, el canto enmudece, la ronda se deshace.

⁴ En mi libro citado *El logos oscuro* recorro con pormenor la singular relación de Zambrano con H. Corbin, al que conoce personalmente, y con el que dialoga en largas conversaciones, en los Coloquios de Royaumont en junio de 1962 sobre “Los sueños en las sociedades humanas”. Allí ambos constatan, más allá del magisterio común de Louis Massignon, la confluencia de sus respectivas investigaciones. Y a partir de entonces Zambrano se adentrará mucho en la obra de Corbin, y en especial en su libro sobre Ibn Arabí, *La imaginación creadora*, y de forma muy especial en sus últimos años en *Templo y contemplación*.

⁵ En la carta citada en nota anterior a Lezama Lima sobre el “suicidio” occidental, Zambrano le acaba diciendo al gran escritor cubano: *Louis Massignon es el único maestro que desde hace larguísimo años he encontrado.*

II

Esos tres aspectos ya nos permiten comprender un tanto el valor que Zambrano otorgará a las siguientes siete citas, y el modo en que las insertará y las prolongará hermeneúticamente en su obra:

1-*Conocer padeciendo* (Esquilo)

2-*Hay que repartir bien el logos por las entrañas* (Empédocles)

3-*No se puede comprar el corazón, pues lo que el corazón quiere se paga con la vida* (Heráclito)

4-*Señor que yo vea mi rostro tal como era antes de que yo naciese* (Oración del budismo Zen)

5-*Estoy tratando de reintegrar lo divino que hay en mí a lo divino que hay en el Universo* (Plotino)

6-*Hay que escalar el propio corazón como si fuese una montaña* (Angelus Silesius)

7-*Hay tantas auroras por nacer* (cita vedántica que Nietzsche antepone a su *Auroras*)

El tan aparentemente sencillo lema que parece presidir toda la obra de Zambrano desde sus comienzos, aunque sólo lo enunciaría así ya en *Claros del bosque* (1977), es: *Nada de lo real debe ser humillado*. Y en realidad en él se compendia la amplitud de la experiencia que ella quiere recorrer, adonde va adentrándose en muy explícita también recurrencia al *adentrémonos más en la espesura* de Juan de la Cruz, que podría valer, más que como octava cita, como el enunciado mismo general que iría siendo precisado por las otras siete citas y su apelación a los elementos esenciales de la experiencia con los que Zambrano quiere “abrir” la tan reducida e implacablemente reductora manera de entender la experiencia humana por parte de racionalismo y empirismo. Y así, el abismamiento en el propio padecer, el reparto del logos por las entrañas y por ese mismo padecer, la insobornabilidad del “corazón” o del “ánimo” (el *thimós*), el rostro de la “persona”, más allá del “yo” conciencialista (y aquí inevitablemente hemos de recordar la tan decisiva figura –que Zambrano tanto recorre- del *daimon* propio, del “genio”, o del “ángel”, en todas estas coordenadas trágicas, gnósticas y místicas, así como el propio vedántico *tat tuam asi*, “tú eres eso”, es decir, ese mismo “rostro” eterno, más allá de toda “máscara”, al que alude la oración Zen⁶). Y obvio parece el decir que la quinta cita –que Zambrano puso en el dintel mismo de *El hombre y lo divino*- apela a ese mismo rostro o gota de lo divino en la entraña de lo humano. Y es eso mismo lo que comparece en las palabras del gran místico, discípulo de Böhme,

⁶ Y este es el claro sentido en que Zambrano recurre a esa cita, que se la hace por carta de 3 de enero de 1948 a su gran amigo, y gran escritor, Rafael Dieste. En esa carta le habla del libro de éste, *Luchas con el desconfiado*, y sobre todo de su ensayo, “El alma y el espejo”, raíz del libro del mismo nombre. En esa carta también resalta su apelación al rostro eterno:

Y te diré una oración –del Zen- que me digo casi a diario: “Señor que yo vea mi rostro tal como era antes de que yo naciese” – el yo primero y quizá el segundo, sobra-, que tú veas el tuyo también pues que existe y sólo quienes están a punto de alcanzarlo pueden representar, dar en visión objetiva las máscaras de que está poblado el mundo.

Sí, tú puedes...yo no sé, pues hace tiempo que me tienen en amenaza lo terriblemente mal que vivo y lo terriblemente bien que estoy. Los maltratos de la vida y aún de mi misma, y esa gota de amor de Dios que brilla en el fondo de mi abismo y que a veces casi parece que va a dejarse transparentar.

Angelus Silesius, y que Zambrano pone como cita en “La escala de la Confesión” en su libro *El sueño creador*, en que bajo el símbolo de la montaña del corazón se propone ir escalando una a una las envolturas de los diversos “yoes” –esos que vimos Zambrano dice que sobran: el yo primero y aun el segundo-, todas las propias “máscaras”, hasta el abismo, que en frecuente figura gnóstica y mística Angelus Silesius invierte –y como tantas veces lo hace la propia Zambrano, y muchas de la mano de sus comentarios a Dante, o al propio Guènon, quizá el mejor estudioso de este simbolismo del abismo-convirtiéndola en esa montaña. Y todo ello nos ha conducido al se diría que final tema de “las auroras aún por nacer”, y desde luego al final libro de Zambrano, *De la Aurora*, y en el que se compendia la máxima sabiduría de esta pensadora sobre estas cuestiones trágico-místico-filosóficas.

Y al respecto hay al menos que señalar que esa cuestión nos llevaría directamente al permanente diálogo que Zambrano mantuvo con Nietzsche desde el inicio mismo de su obra y hasta su final en ese *De la Aurora* y en *Los bienaventurados*. Quede, pues, al menos señalado ese diálogo con Nietzsche, en el que Zambrano parece empeñada en “demostrar” el carácter de, como lo califica ella, *éxtasis malogrado*, pero de suma veracidad mística, de toda la escritura de Nietzsche, con lo que incidiría en mostrar la gran veracidad de uno de los más inquietantes aforismos de aquél –del otoño de 1885-, que, bien probablemente, Zambrano desconocía: *El fin de todo filosofar es la intuitio mystica*.

Pero esto mismo nos conduce –en este intento de hacer ver las esenciales coordenadas de este modo de pensar tan abocado precisamente a esa *intuitio mystica*- a adentrarnos un poco más en esos cruciales “confluyentes” –más que propiamente “influyentes”-, o con quienes dialoga a lo largo de toda su obra sobre esa sabiduría tan fronteriza y que ahonda en las condiciones de la experiencia precisamente por cauces trágicos, se diría que “descendidos” a sus mayores “espesuras” místicas, donde halla su **logos oscuro**, del que ya podemos precisar que es un gemelo filosófico de la “noche oscura del alma” de tantos místicos de diversas espiritualidades, y no sólo de Juan de la Cruz, aunque él fuese, posiblemente, su mejor expositor, y en la senda de tantos sufíes.

Y así es de señalar el permanente diálogo que Zambrano mantendrá –precisando más lo hasta ahora señalado- con un trágico, tres místicos, nueve filósofos, y en especial con dos sabios del siglo XX. El trágico esencial para Zambrano no es otro que Sófocles, y de forma especialísima sus *Edipo* y *Antígona*, aunque siempre teniendo en cuenta aquella asunción “metodológica” del *conocer padeciendo* de Esquilo.

El místico esencial para Zambrano será Juan de la Cruz, y desde el comienzo mismo de su obra en el artículo de 1928, “Ciudad ausente”, sobre el que ya escribirá en 1939 su decisivo escrito “San Juan de la Cruz, de ‘la Noche oscura’ a la más clara mística”, en el que recorre sus concomitancias con las vías filosóficas de Spinoza y Nietzsche. Pero junto a él destacará enseguida el adentramiento que hace en Plotino, y cada vez más irán resaltándose las figuras del Maestro Eckhart y de Jacob Böhme, aunque comparezcan también muy decisivamente tanto los taoístas Laotzé y Zhuangzǐ como, en especial, Ibn Arabî.

Los nueve filósofos capitales para Zambrano en su inmersión en el *logos oscuro* serían Pitágoras –o quizá con mayor precisión la vía órfico-pitagórica que ella bebe en fuentes más bien neoplatónicas-, Heráclito, a quien ve más cerca de haber atisbado el que ella denomina *logos sumergido, recóndito, embrionario* –y que es el que por mi parte configuro como *logos oscuro*, y siempre en un amplio contexto hermenéutico en el que ocupan un lugar primordial los presocráticos, y muy singularmente el propio Parménides, y desde luego el mencionado Empédocles, así como Anaxágoras y su *Nous*-, y sin obviar la relevancia que adquieren en la pensadora determinadas líneas

estoicas prosectoras, según ella, de un *logos spermatikós* heraclitiano. El tercer y cuarto lugar preeminente lo ocupan Platón y Aristóteles, en una constante exégesis con la que pretende *reenquiciar* la metafísica occidental creando un puente con la “oriental”, y en general, como he señalado, con la denominada *Philosophia perennis*. El quinto filósofo es Spinoza, en un adentramiento tanto en su teoría de las pasiones como en el sentido de su tercer género de conocimiento, el que conduce a la *beatitudo* y al *amor intellectualis*; aunque, al hilo spinozista, también se le irá imponiendo a Zambrano una visión muy amplia de la perfección que encuentra en aspectos nucleares de la filosofía de Leibniz. El sexto pensador –incluso más allá de la filosofía, hacia una visión trágico-mística- no es otro que Nietzsche. Y ya en séptimo, octavo y noveno lugar, comparecen aquellos maestros contemporáneos con los que más dialoga a lo largo de toda su obra: Ortega, Max Scheler y Heidegger.

Se diría que a todos ellos los abisma místicamente hacia un mundo oscuro, subterráneo, donde ve nacer una salvadora y auroral luz. Podríamos traer aquí a colación el título de P. Harpur, *El fuego secreto de los filósofos*, por cuanto eso es lo que Zambrano trata de dar a ver, más o menos críticamente, de estos nueve filósofos, como, por lo demás, se lo va diciendo a Lezama Lima en sus últimas cartas de los años setenta, donde, mucho antes de ese libro, utiliza esa misma metáfora del “fuego secreto” y de la alquimia que subyace a toda gran filosofía, recorriendo lo que años después Richard Tarnas titulase *La pasión de la mente occidental*. Y ciertamente, a su fuego más recóndito, a su pasión central, a su mismo *mundo diamónico*, a su *mundo intermedio*, conduce Zambrano a estos filósofos desde su propio *logos oscuro*.

Es muy coherente la conexión que en Zambrano existe entre estos –dicho ahora también con un reciente libro de P. Kingsley, y referido al pitagorismo y misticismo de Parménides- *Oscuros lugares del saber* y sus recorridos por el mundo de los sueños, los diversos niveles de conciencia que ellos mismos abren, y las raíces mismas de la ética – que comenzará a escribir en 1954 con el título de *La ética de la vida es sueño según la razón vital*, y que como tal quedará inédita-, y que, en realidad, configurará ese *mundo intermedio* y mediador de su propia lógica, es decir, la que vengo nombrando como *lógica del sentir*, esa singular fenomenología que en tantos aspectos se muestra acorde con dos recientes propuestas ampliamente fenomenológicas: la que realiza sobre la mística M. Hulin en *La mística salvaje*, y la que hace desde el Tao F. Jullien, y como fenomenología de la *respiración*, subyacente a toda percepción, en *Del “tiempo”. Elementos de una filosofía del vivir*.

III

Los nombres que Zambrano da a esa razón apasionada –en el sentido más estricto-, que sería la que habría de reenquiciar de nuevo a la desquiciada razón occidental, son, como ya he señalado, los de *logos embrionario*, *logos sumergido* y *logos recóndito*, y son especialmente recorridos en sus obras finales: *Claros del bosque*, *De la Aurora*, *Notas de un método* y *Los Bienaventurados*, precedidos por su amplísima investigación sobre los sueños y los tiempos y también por sus inéditos ya pertenecientes al desarrollo máximo de la razón poética de los años sesenta y setenta sobre *La palabra*, *Historia y revelación*, *Los místicos*, *Hijo del hombre* y *Poesía e historia*. Todos ellos nos darán la clave de este *logos oscuro*, que no es otra que la de la propia *razón poética*. Y es el mentado *Hijo del hombre* (1974-1976) el que viene a centrar todo el sentido de esta razón poética como *nous poietikós*. Y a su vez, como el lugar en que el hombre “remonta” su individualidad y cuanto a ella se adhiere, y alcanza su más personal centro que es el que lo une al *eje invulnerable* del universo, aquel retorno que vimos en las

citadas palabras de Plotino al morir; y es lo que le convierte en esa, quizá, la más bella figura poética de Zambrano: *El péndulo*⁷, convirtiéndolo a él mismo en péndulo del Universo. Llegamos, pues, a un punto muy abisal de la más recóndita mística. Ese lugar más inmanente que provoca y convoca la más impensable –para la pura *epistemé*– trascendencia. Dios naciente tras *la aniquilación de todo posible dios que se despierte en nosotros*. Y así ve al *Hijo del hombre* aniquilando y atravesando la *impenetrable frontera*, ya como *cuerpo de luz sin peso*. Como en el inédito paralelo a éste –*Los seres y el ser. Los místicos*– va a mostrar que está pensando tan por “debajo” de Heidegger como supone adentrarse en la misma fuente de éste: el propio Eckhart: *Eckhart* –dice ahí– *es quien más nos dice. El punto es éste: la criatura divina. Su formación*.

La formación de la criatura divina es lo que expresan todos los místicos, en los procesos que éstos recorren, y de ellos saca Zambrano las consecuencias filosóficas para la que denomina su *metafísica experiencial* (que desarrollará máximamente en *Notas de un método*) y que situará como alternativa a la propia fenomenología. Se lleva a cabo en ambos inéditos tanto el abismamiento en ese más *recóndito centro* del hombre como el traspaso de aquella *ultratrascendencia* de Heidegger y que sitúa a éste en un franco gnosticismo dualista. Pues, para Zambrano, ese proceso místico más abismal es el que libra de todo gnosticismo dualista, y que se correlaciona tanto con el ir más allá del *aciago demiurgo* (él es la *impenetrable frontera* para el solo pensar y vivir conceptual y empírico) como con el traspasar y salvar la *aporía*. Peligroso confín donde se ha ido con Eckhart y con todos los místicos, sea cual fuere su adscripción religiosa. Todos llegando a ese confín que lo es de la unión con aquel eje invulnerable del Universo:

Llega hasta el confín, hasta el principio de la Unión, que une a todos los místicos por diferentes que sean.

En la Unión, ¿qué sucede? Nace la criatura divina, la Criatura-Dios en el hombre que ha perdido ya su ser

En esa “pérdida del ser” Zambrano ya no necesita a Heidegger. Pero, “más allá del ser”, además de a Plotino, recurre al esencial –para ella– *místico de la razón*, Spinoza, y a su *ordo et conexio rerum idem esse ac ordo et conexio idearum* –y como ya había hecho en *El hombre y lo divino*, reconvirtiendo esa racionalista expresión en la puramente “vital” de *el orden y conexión de las entrañas en el orden y conexión del Universo*– en el apartado más intenso de *Hijo del Hombre*, denominado *La ordenación* que trata de dar a ver aquel *centro recóndito* del hombre con el que explica el sentido, la articulación y la coherencia de toda su obra, que bien podemos denominar ya –invirtiendo su propio apelativo de Spinoza como *místico de la razón*– como “razón de la mística”.

Y así sintetiza en esta *La ordenación* las dos vías –positiva y negativa– que, en realidad, Zambrano viene siguiendo desde el comienzo mismo de su obra, y las ordena y muestra su coherencia desde ese *centro recóndito* que es su *logos oscuro*, su pensar –diríamos que bajo toda la filosofía occidental desde Platón a Heidegger– al que ella denomina como *logos sumergido* –y también *logos embrionario* y *logos recóndito*–, ese punto más radical y “radial” del pensar, es decir, la *aurora* misma, la *corona de los seres*, esto es, el *bienaventurado*, y los vaivenes que se dan entre ellos y el *exiliado* y los propios *filósofo* y *poeta*, así como el central lugar epistemológico de las *Notas de un método* que lleven al pensar a hacerse cargo de las “ideas claras y distintas” de todas esas figuras del *logos oscuro*. Es decir, que *el centro recóndito e inspirador*, la raíz de

⁷ Así se lee en *Tal como un Péndulo* (1974):

Así el ser que ha despertado, como un péndulo viviente, ha de sostenerse en un movimiento incesante, sostenido por un punto remoto, transformando el desfallecimiento en pausa, y la pausa, en lugar de más honda y obediente oscilación, revelando así su secreto de ser diapason del imperceptible fluir del interior del tiempo vivo.

todo vivir y pensar, en tanto que *poietizar* realizando la vida del ser, vaya aflorando también en un *centro aparente* del que surgiría una teoría del conocimiento “moderna” que daría pleno sentido a aquella propuesta de “Poema y sistema” de 1944 de fusión de religión, poesía y filosofía. El lugar de una metafísica integral sucesora de la fenomenología. Así, en este pasaje sobre *La ordenación* se ofrecen todos estos puntos desde el propio secreto revelado de su permanente amor a Spinoza, cuyo diamantino cristal convierte en el eje invulnerable del filosofar, en un *péndulo* al que Zambrano adscribe al conjunto de su obra, mostrando así tanto su coherencia como su reconocido cierto fracaso filosófico que, no obstante, también parece ofrecer en lo que sirva a la filosofía contemporánea⁸

IV

El *centro recóndito* nos ha situado en el punto de intersección del diálogo que el pensar de Zambrano mantiene con filosofía, poesía y religión, y muy en concreto con tragedia, mística y la Gran Tradición de la denominada *Philosophia Perennis*. Incidiré ahora un tanto en la estrecha correlación que las dos vías –positiva y negativa- de Zambrano tienen con dos movimientos esenciales de toda mística, y que se han visto muy bien compendiados por el Tao y el sufismo (tal como los analiza T. Izutsu en el citado *Sufismo y taoísmo*), y no menos por el propio Eckhart. Se trata de lo que los sufíes denominarán Fanâ y Baqâ, que literalmente quieren decir “extinción” o “desasimiento” el primero, y “lo que queda”, el segundo (traduciéndolo Juan de la Cruz literalmente con su *un no sé qué que quedan balbuciendo*), y para los que Izutsu halla estrictas correspondencias en el Tao; pero que también se corresponden con los dos esenciales términos místicos de Eckhart: *abegescheidenheit* y *gelassenheit*; es decir, extinción o desasimiento –de aquellos dos “yoes” o “máscaras” primero y segundo, conforme vimos decía Zambrano- y la quietud creadora o el “abandono”, “dejamiento” o “confianza” que queda como el más íntimo rostro del hombre –lo que Zambrano denomina su *centro recóndito*-; y no exactamente “serenidad” en el sentido en que lo utiliza Heidegger.

Para comprender cómo operan los sentidos de estos términos tan decisivos en Zambrano es necesario que veamos cómo funciona en ella un mito esencial hindú, y sobre todo tántrico, que desarrolla los “centros sutiles” o *chacras* –el de la serpiente Kundalini-, y en el contexto del gran ciclo cósmico del Manvantara, dentro del que se

⁸ *La ordenación*

Son las articulaciones las que pueden determinar el orden y la repartición. “Ordo et conexio rerum idem esse acx ordo et conexio idearum”

Mas ello no es estático sino por el contrario exige el movimiento que no ha de ser necesariamente dialéctica. No es cuestión de método sino de unidad interna. De movimiento a partir del punto inmóvil. Me parece sea el secreto de la Ética de Spinoza, al parecer puro cristal que sin dejar de serlo –esa es su gloria- se mueve y mueve. La cristalización, pues, se hace, se sigue haciendo. La cristalización sucede.

Y dado que no se me ha dado nada semejante, ahora en el conjunto que se me impone ha de realizarse así –si Dios quiere- en la medida en que me sea dado.

Y entonces el centro será doble: el aparente aun para mi misma. Y el centro recóndito inspirador que arde e inspira. Claro que de él han nacido creo que directamente ya “Aurora” y más todavía “El hijo del hombre”, y aún más quizá “Los Bienaventurados”, “El filósofo” y “Notas de un método” pertenecen, como “el exiliado”, a la corona de los seres, como el poeta,

El centro aparente habría de ser entonces lo para mi llamado “crítica de la razón discursiva”. Donde iría la mística. El rescate de un saber y conocer sumergido. Lo que impartiría al todo su carácter filosófico moderno o inclusive: “erkennis theorie”. Mas fecunda religiosamente y por tanto metafísicamente. La metafísica tendría que ocupar el lugar de la fenomenología.

produciría lo que Zambrano denomina *la era de la ocultación* y también *la era de la conciencia*. Y todo ello para comprender cuál sea realmente aquel *centro recóndito* y aquellos *logos sumergido* y *embrionario*, y sus conexiones con los distintos tipos de sueños que encuentra Zambrano en el hombre (meramente físicos, psíquicos, lúcidos y de testigo), y su misma relación de estos dos últimos con lo que denomina en *Los Bienaventurados* la *corona de los seres*.

Podemos tomar como punto de partida la propia figura simbólica de la *esfera*, tal como es recorrida por Zambrano en sus escritos ya de la plena razón poética –a partir de 1956, y en especial su “Diotima de Mantinea”-, y su colofón en el final de *Notas de un método*, y a su vez la constante alusión en esos escritos maduros a una *no ostensible matemática*. Con esa esfera, y esa matemática, alude la pensadora constantemente a la teoría tradicional de la cuadratura del círculo, desde el *Vedanta* y el Tao hasta los hermetistas contemporáneos, esencialmente Guènon, quien la expone en *El rey del mundo*. Es el mismo poder dinámico que la Tradición otorga al símbolo de la esfera el que le da también Zambrano. Y así la esfera se vincula a las convexidades inversas y complementarias del Arca de Noé (hacia abajo) y del arco-iris (hacia arriba), pues ellas conforman en su unión una figura cíclica completa, de la cual ambas son mitades. Esta figura habría aparecido completa al comienzo del gran ciclo, el *Manvantara*, dentro del que ha sucedido la *Era de la ocultación*. Zambrano se refiere a él como el *Ciclo del Paraíso* en *Historia y Revelación*. De forma que la esfera es la imagen que habrá de reconstruirse al final de ese ciclo.

Pero esa “promesa” de reconstitución del despliegue de todas las posibilidades de desarrollo del eje mismo del Universo está inscrita en cada ser humano –es en Zambrano el *ya del eterno presente* por en medio del *todavía no-*, aunque sean muy pocos, esos que tan raramente se encuentran, al decir de Zhuangzǐ, el propio Ibn Arabî, o Spinoza y Nietzsche, los que logran ir sirviendo de *polos* y *puentes* –tal como aparecen en *Los Bienaventurados-* con esa completud. Aún en el *Kali Yuga*, la era de la ocultación, acrecentada en el breve ciclo de la *Era de la conciencia*, en la más extremada lejanía del “Paraíso”, unos pocos seres humanos, unos pocos verdaderos pensamientos, atraviesan –en cruz- verticalmente la horizontalidad y extensión de esa “salida del Paraíso”. Y también estos seres y pensamientos, desde su más *invulnerable eje*, unido al eje de la rueda cósmica, preservan desde su centro el *punto primordial* del Universo. Son los *polos* del Cosmos en necesaria libertad unidos y conspirantes con lo divino. Ese es el significado del *Arca de Noé* para Zambrano, como garante del *centro supremo* y de la conservación de la Tradición. Y ese es el sentido de todo su *logos oscuro*, de su inversión del mito de la caverna platónico. Y también su inversión del propio sentido que le da Heidegger, y por tanto de su ironía al titular *Claros del Bosque* a un libro que iba a llevar la *lichtung* a su oscuridad central, donde está resguardada oculta la luz en este final de no sólo la Era de la ocultación sino, quizá, de todo el *manvantara* o ciclo del Paraíso. En todo caso, si esta época no es el final, sí al menos tiene todos los visos de ir precipitando el período transitorio entre dos ciclos a su “crisis” final. Y ahí, y ahora, es donde y cuando para Zambrano adquiere plena significación el *Arca de Noé*, y en conjunción tanto con el Arco iris como con el símbolo del *punte*, con el que finaliza *Los Bienaventurados*, en correlación con el final de *Los sueños y el tiempo* referido al *sueño que se sigue* como prosecución de una *melodía interrumpida*.

También hay que conexionar la esfera con el *huevo cósmico* órfico, heredero de más ancestrales tradiciones. Y así, las dos mitades que simbolizan Arca y Arco iris se corresponden a las de ese huevo cósmico como las –tan decisivas para Zambrano en *Historia y revelación-* aguas superiores y aguas inferiores de la Creación. Su

reconstitución plena habría de producirse al final del ciclo completo, momento en que el círculo se vería reemplazado por un cuadrado. Mientras, la esfera simboliza el despliegue de todas las posibilidades a causa de la expansión del punto primordial y central. Ese es el *punto* que rige también *La esfera* en el final de *Notas de un método*. El punto de la instantánea visión perfecta que abre tiempo y espacio a una fluencia incardinada en el *nunc stans* y hace que todo sea *coetáneo*. Y aunque ello sea *intermediario* y *provisional*, ya está flotando en las aguas superiores, y es el instante que revela la pura presencia del ser unido con la vida. Así se produce en ese texto *el paso de las aguas*, de las segundas a las originarias, donde esa experiencia de la unión del ser y la vida a través del amor *flota* ya, como el arca de Noé unida al Arco iris, en la esfera, donde la soledad humana alcanza su máxima libertad:

Que la libertad de esta soledad, de este individuo aunque sea físico, no le será nunca negada ni sustraída, que aquello que flota solo, el instante, el punto, no regresará nunca a masa ni a continuidad alguna. Promesa, pues, de algo más allá de su ser y de su esencia. De su ser y su esencia sin presencia.

Sólo quiero mostrar algo de lo mucho que estos símbolos tradicionales y místicos –y en ese pasaje claramente plotinianos– juegan en el pensamiento de Zambrano, y cómo nos sitúan ante otro plano y otra luz del pensar, que son los que al fin lo diferencian tanto de momentos similares del pensamiento contemporáneo, como, en especial, del propio Heidegger, del que a veces parece tan cercana, cuando, en realidad, se “abisma” bajo aquél. Son ese otro plano y esa otra luz los que la van llevando a pensar radicalmente ese otro *logos oscuro*, esa inmersión en una palabra abismada hasta encontrar que es ella misma la fuente de toda *imaginación creadora*. Este *logos oscuro* es el “imposible” filosófico –en el puro sentido discursivo– en que se sitúa Zambrano, tal como ella misma expone en “el Punto” y “El punto y la cruz” de *Claros del Bosque*, y el que, según su declarada constante ironía, le impidió hacer “filosofía”, es decir, sólo *epistemé* y dialéctica, pero no tanto como para no aspirar a dar –como acabamos de ver en “La ordenación”–, incluso en *Erkennis Theorie*, su vía más negativa y oscura a través de cierta *metafísica experiencial* “positiva”, como hará finalmente y en especial en *Notas de un método*.

Es verdad que fue ese *logos oscuro* el que le condujo a poder ofrecer sólo en vía positiva los *restos de un naufragio* (en las aguas primeras). Ese *logos oscuro* que trata de ser un puente entre las más altas esperanzas humanas, las que tan radicalmente anidan en las antípodas del triunfal *logos* “claro” occidental, proyectante del “yo”, de tan imposible “sujeto” ya. En las antípodas oscuras de esa *ratio* de la productividad e instrumentalización imposible de esquivar por el sólo “segundo género de conocimiento”, y que en realidad responde sólo, como muestra “El camino recibido” de *Notas de un método*, al segundo camino –el de la mera inteligencia, el del segundo nivel de conciencia puramente representativo–, el constructor y arquitectónico, lineal y sucesivo camino desde una concepción totalmente abstracta de espacio y tiempo.

Y entonces, el *tercer camino*, el de este *logos oscuro*, se sitúa en otro plano y en la otra luz de un discernido “sentir” que él mismo abre la mística *noche del sentido* en la *noche del espíritu*, donde se concita con esos tres “cuerpos” que se van recorriendo en el apartado IV de *Claros del bosque*: los *signos* del Universo, los *delirios* humanos, y el cuerpo final de la *palabra*. He de sintetizar mucho, y sin más decir que con ello se trataría (en especial en *De la aurora*) de recuperar un saber “protohistórico” de los *signa* (como propusiera Carlo Sini en *Pasar el signo*), y llevarlo a un pensar radical que “rompa”, deshaga y diluya las meras relaciones constructivistas y bipolares lingüísticas que paralizan el filosofar en un absolutismo desarraigado de la vida, asentado en su exclusiva luz continua –como si, digo por mi parte, habitásemos a toda hora las doce del mediodía–, incapaz de seguir los propios tránsitos de la luz desde sus más oscuros nacimientos. Se trataría de acoger las verdades tanto del puro saber de experiencia como

los elementos más radicalmente *poiéticos*, creadores y discernidores del pensar occidental y en todos los transcurso del filosofar hasta la actualidad. Esta es la “cruz”, o el “purgatorio”, de la filosofía, a los que se refiere Zambrano, que la razón poética está dispuesta a transmitir como *metafísica experiencial*, en tanto que *filosofía indispensable*, a este fin de un ciclo cultural, e incluso como ineludible colaboración a que este fin de ciclo no sea el cerrarse de un ciclo que podría significar una verdadera hecatombe para lo humano, para la tierra y para el Universo, sino el abrirse del propio círculo en una espiral, que es el significado de los últimos Prólogos y escritos de Zambrano, y de modo especial en “La corona de los seres” y en “El exiliado” de *Los bienaventurados*.

En todo ello, la pensadora involucra una *meditación entrecruzada* que apela a una *memoria total, integradora, activa, creadora*. Memoria que es la matriz misma de este radical pensar, y ella misma el camino “musical” de la armonización de las diferencias como el único inicio de lo inédito. Y a su vez, en ello involucra el pensar las experiencias que pone de relieve la mística, justamente en cuanto a la más radical “carnalidad” y la “tierra” más propia y originaria. Es decir, cómo hacer que el propio pensar se libere de su carga de representaciones de una mera “empiria” que sólo tiene en cuenta los niveles psico-físicos y representativos que han conducido a la liquidación cultural en el “aire”, en *el infierno de la luz*; en la mera luz volátil de la desencarnación, del destierro y el desolamiento. Lo que significaría el suicidio del vuelo de Ícaro al sol. Es lo que parece estar en juego en la volatilidad, aceleración y liquidación en que vivimos como “globos” y solipsistas “espumas” (así según Sloterdijk). Hacia una especie de monadología de la Nada. En el aire, ese peligroso elemento que ha de ser discernido y llevado a la *Nous* que lo *alienta*, y que es la que disocia la indeterminación en los diversos cuerpos de la vida del ser

V

Finalmente quisiera tan sólo adentrarme un tanto en un aspecto tradicional del *logos oscuro* estrictamente relacionado con cuanto venimos viendo acerca de *lo invulnerable* y el *logos subterráneo* en tanto que *logos embrionario*, y que, a su vez, se conexas con el sentido que Zambrano da al figura de la serpiente, *la sierpe de la vida*. En todo ello se involucra la correlación que la pensadora hace entre la *ciudad ausente* (y ése es, como antes indiqué, el título de uno de sus primeros escritos, de 1928) y sus *montañas* como *corona de los seres*, tal como ya aparecen en sus escritos finales.

Según la tradición cabalística existe una oculta ciudad azul, de zafiro, llamada *Luz*, que, al igual que el *Loto* hindú, contiene los elementos potenciales necesarios para la restauración de la vida del ser. Restauración que habría de operarse bajo la influencia de la *rosa celestial*. Esa es la clave del llamado *cuerpo sutil* y *cuerpo glorioso*. No es otro el sentido que halla Zambrano en “La rosa del tiempo”, en el final de *Notas de un método* como la *forma pura de la interioridad sin amenaza* que dispone a nacer *recién despertado y dispuesto a estar despertándose*. La rosa es, según ese texto, el anuncio del fin del diluvio universal, de que aquella paloma, que se volvía al Arca por no encontrar donde posarse, ha encontrado un lugar de habitabilidad y de impulso para sus vuelos. Como para toda la Tradición, aquí se cifra la visión de la apertura de un posible ciclo futuro como el lugar de “resurrección”.

Aquella *Luz* cabalística es la *ciudad oculta*, la ciudad ausente entonces. La ciudad de esas piedras de “inmortalidad”, zafiro, esmeralda, o *Perla*, como es tan claro en ese otro símbolo de los que ejercen como auténticos *sutras* finales de *Notas de un método*, donde aparece como *perla naciente*, más allá de la pasión que engendra el horizonte de la voluntad que lo sostiene; más allá de todo pensar y afanarse por ser, en la simbolización

del *cuerpo glorioso*. Y es indispensable sumergirse en el sentido tan concreto y corporal, y esencialmente “respirante”, que, desde el *Vedanta* a las meditaciones más consuntivas de las más diversas espiritualidades que conocemos, se le da a esa simbología en que se insertan esos tres *sutras* finales de *Notas de un método*: “La esfera”, “La Perla” y “La rosa de los tiempos”.

Es de nuevo la tradición hindú la que mejor explica la base corporal que tienen todos estos símbolos, aunque similares explicaciones las encontramos en variadas espiritualidades, y en todas derivadas de concretas prácticas meditativas y corporales, en las que se trata de ir respirando el *soplo encarnado* que es el ser humano, dejando que se abran sentidos nuevos, originarios sentidos que, según esta visión tradicional, ha tapiado la concepción occidental de la empiria y la representación mental y aquella *voluntad* que, según Zambrano, las sostiene..

Siguiendo la tradición vedántica se halla el más radical sentido del símbolo de la *sierpe* de la vida, aunque esa experiencia se irá simbolizando de modo similar también en algunas tradiciones hebreas, persas y griegas. Desde aquella raíz hindú comprenderemos mejor el tan sostenido símbolo por Zambrano del *ouroboros*, la serpiente enroscada en el Cosmos, y la vinculación que con él tiene el *logos embrionario* de aquélla. Todo parte de una experimentación en el propio cuerpo humano. Y así, aquella *Luz* –como la “ciudad” interior, y como la invulnerable interior *luz* en el sentido castellano de los cabalistas de Sefarad- se sitúa en el extremo inferior de la columna vertebral, el lugar de donde surge la fuerza que la tradición hindú del yoga denomina *Kundalini* (femenino de Kundala: anillo), y que así significa la sierpe-fuerza enroscada en forma de anillos que se abren en espiral. Lo que es el símbolo del estado embrionario y de lo *todavía no* desarrollado, pero que contiene en sí toda su potencia. Se representa, pues, mediante una serpiente enrollada sobre sí misma en una región del organismo sutil que, al igual que en la Cábala, se sitúa en el extremo inferior de la columna vertebral. Algo muy similar es lo que encuentra Zambrano descrito en el libro de A. Avalon que lee en edición francesa de 1950, *La puissance du serpent. Introduction au tantrisme*. La importancia que tuvo para ella se la confía a A. Andreu por carta de 8 de febrero de 1975⁹:

Te alumbraré algo o mucho la cuestión, diciéndote que según la tradición Vedanta, el hombre, y la mujer, claro, tiene siete centros, el último corresponde a la glándula pineal, por donde hemos de salir en la buena muerte, la que nos hace salir del Cosmos. Hay un libro que tengo, absolutamente serio, de (...) Avalon, “El poder de la serpiente”. Es el método para ir despertando esos siete centros, los Tantra, y que el hombre posea así sus posibilidades, actualice sus potencias.

Pero la visión tercera u ojo tercero –tan recorridos por toda la mística, y hasta por Nietzsche con la que denomina su *visión tercera* en *Ecce Homo*- no es el último estado que puede alcanzar el hombre. En él –como lo describen tanto *De la Aurora* como *Claros del bosque*- el hombre se restituye al estado primordial en el que descubre el *sentido de la eternidad* y, gracias a ello, siente esa invulnerabilidad, paz inmensa y la serenidad y felicidad que acompañan al abandono, típico de toda experiencia mística. Ahí está centrado tanto el *eje invulnerable* de Zambrano como el *sentimur anc experimur nos esse aeternos* de Spinoza y las múltiples expresiones de eternidad de Nietzsche. Y ese es el resultado de la *noche del sentido* sanjuanista y sus tránsitos hacia los estados pasivos y activos de la *noche del espíritu*. Se trata, pues, de un *estado intermedio* que sirve de puente hacia la plenitud humana; hacia la *Perla*, la *esfera* y la *rosa de los tiempos*, que ya sí compendian las tres ese supremo estado del *bienaventurado* como el que ha logrado un ser completo. Lo que conlleva el hacer *entrar en la corona* y en lo que ella significa para la propia *obra del pensamiento*.

⁹ *Cartas de La Pièce*, Pretextos, Valencia, 1996, pags. 174-175

Luego el propio pensamiento es una *obra*, un haber operado con la máxima radicalidad de la propia experiencia humana, capaz de alzarse desde lo meramente humano hasta esa *superhumanidad* a la que se refería el propio Zhuangzǐ. Y entonces comprendemos la veracidad experiencial y ciertamente “mística” del *delirio del superhombre* de Nietzsche, tal como Zambrano lo enuncia. Eso es lo que él también trata de pensar, y en toda la potencia experiencial, operativa y transfiguradora. Esta transformación del hombre hacia las inéditas auroras que en él están por nacer. Todas las que estaban inmanentes, embrionarias, enroscadas en su propio cuerpo, y que un adecuado saber experiencial del cuerpo va desovillando a través de esas dos grandes fases, la una correspondiente al “mero” hombre, el *hombre superior* que puede alcanzar la revitalización de sus sentires dormidos en el propio proceso del *olvido creador* hasta la más íntima memoria del cuerpo que enlaza con la originaria *melodía de los afectos*. Ahí adquiere Nietzsche esas sus declaradas *visión segunda y tercera* que le hace describir en *Ecce Homo* lo que es *revelación*. Desde ella atisba el gran estado superior del *más-allá-que-el-hombre* frente al que se debate, y más aún cuando lo quiere hacer corresponder con un modo sociocultural y político en que ese hombre pudiera tomar las riendas de una más alta etapa histórica.

Esa es la cuestión que, en la medida en que es posible *todavía, y aún no*, hablar de ello, centra todas las cautelas y penumbras del decir zambraniano. Es decir, de qué modo toda esta simbolización de los *centros* oscuros y ocultos –esas *cavernas, montañas, omphalos* y el sentir simbólico radical que de ello mismo tiene el *corazón humano*–, que preservan la sabiduría universal en el presente *Manvantara*, y al que pertenece la *Era de la ocultación* y como su expresión máxima, la *Era de la conciencia*, alude a una era por venir, al cambio de ciclo en el que se desinvertiría el árbol de la vida, ahora sólo visto (del revés) como ávido árbol del conocimiento en su sentido meramente “curioso”, instrumental, dominador y destructor. La *Gran política* de Nietzsche “deliró” también (*secundum veritatis*) esa perspectiva de salida de los *dos próximos siglos* –como él señala, y ya se ha cumplido más de uno- de eclipse, desierto y noche. Este es también el sentido en que hemos visto referirse a Zambrano a *una de las noches más oscuras del mundo que conocemos*. Noche y mundo por los que podría ir apareciendo –según Nietzsche- la *estrella* que se gesta en el propio caos. Ahí mismo encontramos la salida “cultural”, la apertura de la espiral que contempla Zambrano como su visión de pensamiento más original, no por prurito del “yo”, sino esta “originalidad” de una *arjaica* visión de la más radical experiencia humana. Que sí deja ver que ese tercer estado es muy excepcionalmente conseguido; mucho más singular y raramente que el segundo de la llegada de la *noche del sentido*, pero también mucho más –o del todo- potente en su mismo *desasimiento* (*fanâ y abegenschendenheit*) de todo poder, la *potencia* misma que Spinoza pone y describe en el final de su *Ética*, y a la que ve como la más difícil y rara, pero también *excelsa*, que antes hemos visto conduce en el sufismo (y de modo similar en el taoísmo) al *baqâ*, lo que queda de invulnerable en el hombre; que es el sentido mismo que tiene la *gelassenheit* eckhartiana.

Esta tercera fase –tan *inhumana* según el Tao, la que le lleva a Laotsé a declararse *idiota* frente a todos los demás hombres *normales*- es la de la *corona*, tal como la denomina Zambrano. *Corona* en la doble acepción: por alcanzar la “coronilla” física y por, con ello, hacerle llegar al hombre al *status* (espiritual, por entero) de *rey del mundo*, como recorre Guènon en el libro de ese título. Y ello en su condición de total fraternidad y colaboración con toda la vida, desde la más oculta a la más diminuta, miserable, impura, hasta las más altas estrellas. Esta fase final es la que se relaciona con la conquista de estados superiores del ser. *Kundalini* o *Luz* llegan a alcanzar, de plexo

en plexo, de *rueda* en *rueda* (*chacras*) o de *loto* en *loto*, de centro en centro, de claro en claro, según Zambrano, la cima de la cabeza. La visión segunda o tercera, el tercer ojo frontal, diríamos que se convierte en una *cuarta visión coronada*, la que el propio Descartes –como vimos señalaba Zambrano– deliró como la *glándula pineal* del conocimiento mismo. ¿Qué sabía él, sin embargo, de ese *orificio de Brahma* (*Brahma randhara*), el punto de contacto de la “arteria coronal” con el “rayo solar”? ¿Qué sabía Goethe de esta visión solar en el propio ojo del hombre? Mucho supo de esto Lezama Lima, y por ello pudo escribir esos versos que “coronan” su poesía, y quizá toda la castellana: *Oh luz transfigurada que igualas el ojo con el sol*.

En ese estado superior de algunos seres que preservan desde su propio cuerpo y experiencia la sabiduría, que, tan raramente, puede alcanzar el hombre, la única que puede “salvarlo” del cerco de la historia (en palabras de Zambrano), es donde está la clave para comprender lo que nuestra pensadora va poniendo en juego con esa procesión de “fracasados” ante la historia, a los que ella denomina *los caídos a los pies del árbol de la vida*, y el hecho mismo de que, en general, se trate de figuras femeninas, pues *Kundalini* o *Luz* son la fuerza femenina misma que ha de desarrollarse llevándola desde la potencia del sexo –masculino o femenino– a *otro género* ya de máximo despliegue. Pues se trata de la ascensión de la fuerza desde la región dominada por el sexo hasta la del puro pensamiento, y siempre tomando al “corazón” como centro, como el *lugar intermedio*.

Y así, desde aquellos *polos* humanos que, tanto según el sufismo como según la Cábala, sostienen el mundo, a los que Zambrano releva ya en “Obras de José Ortega y Gasset. Señal de vida” (1933), pasando por las esenciales figuras femeninas resaltadas por la pensadora, Nina, Eloisa, Diotima, Antígona, y en general toda esa *estirpe de Perséfone*, a la que pertenecen sus figuras del *exiliado* y del *idiota*, configuran los pasos de una pasión, una procesión, que es la de lo humano mismo en su máximo abandono. La procesión de *los grandes amadores*. La procesión visible del *logos sumergido* por la razón deslumbradora. Y entonces todo se invierte, y ese *logos* oscuro y oculto deja ver que se trata de la *cordillera* de los seres camino de su identidad, los que preservan en lo oscuro y oculto de las *catacumbas* que habitan la potencia de renacimiento personal y cultural. Preservan la posibilidad de salida del cerco de la *historia apócrifa*, calumniadora de la más íntima y real posibilidad humana. Pero la más trágica paradoja que Zambrano pone ante el pensar, y al igual que hiciera Spinoza, es que esa posibilidad *no está al alcance de la mano sin gran trabajo*, pero que, sin embargo, es posible hallarla. Incluso fulgurantemente comparece en algunos *momentos históricos* –como los correspondientes culturales “éxtasis” a los personales de los místicos– de esta misma era de la ocultación. Como si fuesen los anuncios de reales posibilidades de una *historia verdadera* en que, al fin, el hombre estuviese dispuesto a nacer, a que la *sierpe de la historia* desenroscase del todo su cuerpo. Personal y culturalmente lo que está en juego es la apertura de los anillos de la serpiente a una espiral que la abriría del todo y “coronaría” en el *apex* de los tiempos, en su cúspide, punta, cumbre y cima, las reales potencialidades humanas. Lo que se deja ver en aquellos *momentos históricos*, que si lo son es porque al par son intrahistóricos y suprahistóricos, es decir, recogen la potencia de Kundalini o de Luz de haber preservado oculta y embrionariamente esa su fuerza interior, y la máxima de poder desplegarse en un estado superior, que de nuevo en *Luz* atañe tanto a lo personal como a su vida en la ciudad, “mitificando” así aquella idea-imagen de Plotino de la *polis-alma*. Pues en todos estos casos se trata de la imagen de la plena libertad individual alcanzada en la ciudad de la libertad. Bien lo supo Spinoza cuando enunció –más allá del segundo género de conocimiento– que *el hombre libre es más libre en la ciudad que en soledad*.

Y así comprobamos que el *logos recóndito*, encendido en lo oscuro, es propiamente lo que significan esos seres que *están ahí, inmediatos, vivientes, hijos del Universo, los bienaventurados*, contrapuestos a los afanosos *existentes*, y que desde el logocentrismo deslumbrante están “invertidos”, cuando no totalmente fuera de lugar, como *lugares licenciosos* y muy intempestivos.

De modo que esa sabiduría tradicional asumida por el pensar de Zambrano, en su permanente intento de recuperar la *memoria perdida*, hace comprender cómo, aun en esta era de la ocultación, hay seres humanos que han alcanzado ese estado superior en el que está preservándose el sentido más “excelso” (decía Spinoza) de lo humano, y ellos mismos son los *polos* que sostienen el mundo y la posibilidad de que esta era no se cierre en un mortal círculo sin salida, sino que se abra a la espiral del tiempo vivo. Ellos son, para Zambrano, los *pájaros* ya nacidos y que no dejan de levantar el vuelo, sin ni siquiera instalarse en su propia y exclusiva aventura, sino que siguen incansablemente colaborando por la liberación de hasta la última partícula del Universo. Como en esa incomparable eticidad super-humana de la *compasión* del budismo Mahayana, que renuncia a la inmediata liberación propia en pro de la liberación de todo lo viviente.

Desde ese saber tradicional entendemos bien el pensar de Zambrano como una *meditación entrecruzada*, en la que, y ya según sus escrito final “La corona de los seres” se allega al *logos sumergido*, que es precisamente este máximo logro del ser humano, lo que llega hasta su *arteria coronal* y hace de él ya un ser completo, aquí y ahora. El dualismo gnóstico atravesado. El aciago demiurgo traspasado hacia esa real cordillera de seres que son la corona de los seres. La cima de lo humano que sin embargo la *Era de la ocultación* extremada se empeña en mantener lo más oculta posible, y si fuera posible (que no lo es) destruirla. Mientras:

*Esa corona de los seres lo es en el sentido de la corona visible que forman las cimas de una cordillera sumergida, islas de un logos no encontrado y todavía por encontrar. Corona de lo visible, de lo que ha llegado a ser y tener un nombre, es decir, un ser completo.*¹⁰

Luego ese ser a medias nacido, esa larva o embrión, ese *logos embrionario* que es el solamente hombre, el cercado y avasallado por la historia, llevaba en sí esa sutil y física posibilidad de abrir su propia *Luz* y traspasar su *todavía no* en un *ya* invulnerable que para toda la cultura permanece como el logos no encontrado, el sumergido, conformado por la cordillera visible (para la *visión tercera*) que compone esa corona. Visible, pues, sólo para el propio logos oscuro del que se avenga tan aventurera como paciente e incansablemente a ir visitando estas *islas* y *claros* tan licenciosos y prohibidos como insobornables por el logos de la deslumbradora claridad de esta era de la ocultación.

JESÚS MORENO SANZ

¹⁰ *Los Bienaventurados*, Siruela, Madrid, 1990, pág. 27.

